

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 30 ENERO 1897. NÚM. 5.º

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

ESPEREMOS

Dijo *La Justicia* el miércoles:

«Celebró ayer una de sus acostumbradas reuniones la Junta Central de Unión Republicana. En ella se trató de la actitud en que se coloca el partido nacional, manteniendo su criterio respecto á la formación de un solo partido republicano, previa la desaparición de los actuales organismos.

Por fortuna, no es rigurosamente exacta la noticia que algún periódico de la mañana publica, suponiendo rota la Unión pactada en Marzo del 96.

Todavía la solución está pendiente de varias conferencias, que probablemente se verificarán hoy, y es de suponer que en ellas la voz del patriotismo y la del interés general de todos los republicanos en tan supremos momentos para la patria se deje oír, é impida una decisión que por algunos oficiosos amigos parece descarse, y que no originaría sino nuevas y graves complicaciones para la política republicana.

A todos interesa por igual lograr la más completa é íntima inteligencia, lo mismo á los partidos que figuran dentro de la Junta Central, que á las fracciones que en ella no obtuvieron representación.

La Justicia no puede ser sospechosa de parcialidad. Hace mucho tiempo viene manteniendo la necesidad de una mayor concentración de todas las fuerzas republicanas, escuchando el clamor de la opinión; habiendo tenido ocasión en reciente viaje de nuestro respetable amigo señor Salmerón, de recoger la impresión reinante en muchas é importantes provincias, hemos dicho que se impone la unión íntima y estrecha, la fraternidad más amplia en las filas de los partidarios de la República.

No disputamos por nombres; para nosotros buena es la Unión, y buena fuera la fusión, si con una ó con otra no se trata de un juego de palabras ó de lograr éxitos de amor propio. Lo que importa, lo que á todos interesa y á la patria conviene, es no coser por un lado y descoser por otro.

Ni la seriedad de muchos republicanos, ni lo que la opinión espera de todos, aconseja reparar en *tiquis miquis* y discretos formulistas. Unión de todos para el fin común; organización apropiada para alcanzar el fin que se persigue; disciplina severa que dé al organismo director que los republicanos reconozcan, sea el que fuere, incontrastable fuerza. Eso y sólo eso es lo que se necesita.

Confiamos en que todos los correligionarios habrán de comprenderlo así, para no malgastar en discusiones estériles el tiempo que ya urge emplear de modo más provechoso para el ideal republicano y para los intereses de la patria.»

Como no tengo datos para juzgar de lo ocurrido, me abstengo de hacerlo; y para no entorpecer lo que se proyecta, retiro los artículos políticos que tenía ya compuestos.

Pero adelante esta opinión:

Sea cual fuere la resolución que se adopte, nada provechoso resultará para la causa de la República, si las actuales fracciones quedan en pie.

Creo que, comprendiéndolo todos así, aprovecharán la ocasión para realizar lo que el pueblo republicano desea.

Inspírense todos en la salvación de la patria, que sólo puede alcanzar por la República, y obren cual corresponde á políticos de miras elevadas y á españoles dignos de ese nombre.

Y hasta el número próximo.

COSAS QUE HE DICHO

Abro hoy esta sección para tener el gusto de restregar por los hocicos á los imbéciles y á los fetichistas una porción de verdades que el tiempo se ha encargado de confirmar, como confirmará las que hoy digo.

Cuando los partidos están durante años y años sometidos á la voluntad de un hombre, carecen de fuerza y vigor para redimirse por medio de una protesta salvadora.

14 Enero 91

Si los jefes no se unen, les haré guerra á muerte; que no merecen consideración alguna los que ponen sus personas sobre el partido republicano y no sacrifican nada en aras del bien común.

2 Enero 92.

España desea variar la forma de gobierno, mas no se decide á hacerlo por temor á que tomemos la democracia y la República como pretexto para destrozarnos.

Lo primero que debemos hacer, es unirnos para traer la República. Tiempo quedará luego para dividirnos en unitarios y federales y trabajar cada cual por el triunfo de su credo sin poner en peligro la existencia de la legalidad común.

2 Enero 92.

LA VERDAD SE IMPONE

A pesar de los servicios que el *Heraldo* ha prestado y presta á los frailes filipinos, no ha podido por menos de consignar esto:

«Los filipinólogos no vuelven de su asombro. Suponían al indio religioso porque daba dinero para misas, acataba los preceptos pascuales, no asistía á la gallería durante la Cuaresma, y besaba la mano de los frailes, y los hechos han demostrado que con las misas ofrecidas impetraba del cielo el triunfo de su gallo, que su piedad era superstición y su respeto al regular no era obstáculo para que llegado el instante le asesinara con alevosía.

Aun hoy las hordas de Cavite rezan el trisagio durante el día, se embriagan de noche en los copones sagrados y tienen un obispo para su uso privativo; pero los ornamentos sagrados se profanan como disfraz despreciable en las danzas y las orgías de sus *bailujans*, y el que posee un escapulario sagrado lo invoca para lograr el exterminio del sacerdote que lo puso sobre sus hombros. ¿Pue le en serio considerarse como religioso á un pueblo que así procede, aunque salude cuando pase junto al templo y ostenten los cocheros sobre la camisa relicarios y medallas?»

Los anteriores renglones echan por tierra la arraigada leyenda de que á los frailes debemos la conservación del archipiélago.

Si después de tres siglos el indio es tal cual el *Heraldo* lo pinta, (y así es efectivamente), ¿de qué han servido los frailes allí?

Que los barran para acá, y la guerra habrá terminado.

ATEO Y JESUÍTA

El jefe del partido centralista de la región gallega, D. José Rodríguez Martínez, médico de talento y ateo, ha resultado de la noche á la mañana colaborador de *El Noroeste*, periódico carlista de la Coruña.

Con motivo del escándalo que allí promovieron las Hijas de la Caridad del Asilo municipal, *La Voz de Galicia* habló de lo que se decía, esto es, que las Hijas vendían el pan de los asilados, se corrían las grandes juergas de empanadas, vino y baile hasta altas horas de la madrugada, y no recuerdo qué más, pero sí que había algo de retratos de las Hijas hechos en un cuadro de la Purísima por un su compinche en juergas.

Claro es que en la Coruña se decía de las pobrecitas algo más relacionado con un peca-dillo muy simpático, y no en una sola de sus manifestaciones: pero *La Voz* no habló de esto, é hizo perfectísimamente; así como algo que dicen que les dijo el alcalde, á pesar de ser católico y conservador.

Pero dejemos esto, y vamos con el ateo, médico y centralista.

Inmediatamente que leyó lo escrito y se enteró de lo que se decía, tira de péñola, y se va con un comunicado al diario carca, ya citado, afirmando: «que le consta que las Hijas de autos eran unas mártires, unos ángeles de la caridad; que las conoce muy á fondo (¡atizal!), y sabe que son modelo de virtud; que tiene pruebas de ello y que confundirá á los Tartufos que las calumnian; que él es republicano, que no profesa ninguna religión de las que se estilan, y que, por lo mismo, merece entero crédito.»

Los que tal leyeron se quedaron patidifusos, y hasta hubo quien sospechó si sería, ó habría sido, uno de los concurrentes á las juergas.

Mas ¡ay! lo que el caballero andante, aunque hasta entonces encubierto, del jesuitismo, no pudo sospechar al escribir su kilométrica y pretenciosa carta, fué que ya tenía el alcalde en su poder otra del Noviciado de las Hermanas de la Caridad en Madrid, en la que le decían que, accediendo á sus deseos, habían dispuesto que fuese relevada Sor Claudia, Superiora de aquel Asilo, y que habían dado cuenta á la Superioridad para que nombrase la que había de sustituirla.

Hasta aquí los hechos.

Y sin perjuicio de ampliarlos si me proporcionan datos que me han ofrecido, lo mismo acerca de Sor Claudia, que del reverendo padre Rodríguez, voy á dolerme de que apenas pase día sin que nos salga un jesuita disfrazado con el gorro frigio; y á apuntar la idea, que me ha asaltado más de una vez, de si gran parte de los males que lamentamos proven-drán de que la Compañía de Jesús tiene entre los republicanos más adeptos que entre los mismos conservadores.

Porque si bien me explico que cada ciudadano haga de su capa un hábito loyalesco, no el que los jefes no lo expulsen de su agrupación y la masa del partido no lo destituya democráticamente.

Cumplan los republicanos de la Coruña con este deber, y darán así un ejemplo que no tardará en ser imitado.

Los enemigos conviene tenerlos enfrente, no al lado; y con el rostro descubierto, no con careta.

COSILLAS

Después de cerrado el número anterior, llegó á mis manos el primer número del semanario político titulado *El Republicano Nacional*, que dirige D. Miguel Morayta.

Confieso que me va ocurriendo en esto del republicanismo, lo que al herrero aquel, que machacando se le olvidó el oficio.

El nuevo colega, (á quien deseo larga vida, y no bajo la monarquía), es partidario de la fusión, y, á pesar de esto, inserta dos comités de su partido en ese primer número, el uno hasta con sus obligados presidentes honorarios. ¡Oh poder de la rutina! Triunfas ya hasta sobre el entendimiento y la lógica.

El Globo, apuntando bien:

«No sería malo que el obispo de Madrid-Alcalá se enterase de quiénes son los presbíteros que, mezclándose en cuestiones políticas, asisten dominicalmente á las veladas del Círculo tradicionalista, en las cuales, alguna que otra vez, pronuncia discursos un tanto acalorados un párroco de Madrid, cabecilla en la pasada guerra.»

Y después de enterarse el obispo ¿qué va á hacer, sino tiene vacante ninguna canongía para premiar á ese párroco?

Y entre paréntesis ¿es Bocos?

OTRO MENOS

Ha muerto en Alcalá de Guadaira, á los 76 años de edad, nuestro querido amigo Don José Gutiérrez de Alba.

Autor dramático aplaudido, novelista notable, escritor de conocimientos profundos, ha dedicado su vida entera al arte y al progreso.

A continuación insertamos una de sus poesías, que da perfecta idea de lo que era como escritor y como hombre:

TIEMPO PERDIDO

De la nada infecunda rodeado
y en su propia grandeza ensimismado
hallábase el Señor, yo no sé en donde,
antes de la creación; y por capricho
ó porque en su conciencia
calculó que á su gloria corresponde
y á su inmenso saber y omnipotencia
tener su actividad ejercitada,
dijo: «Voy hacer algo de la nada.»

En el instante el hecho siguió al dicho;
surgió la luz de la tiniebla oscura;
brilló el sol con sus claros resplandores
en la celeste altura;
la luna con sus pálidos fulgores
y con su rayo tibio y macilento
hizo las noches plácidas y bellas,
y brotaron innumeras estrellas
en la bóveda azul del firmamento.

La Tierra era el lugar donde operaba;
y como ésta se hallase sumergida
en el profundo mar que la inundaba,
las aguas separó, la árida asoma,
y surgen á la vida
las plantas en el valle y en la loma,
los peces en los ríos y en los mares,
en la ribera anfibios singulares,
aves que cruzan el movable ambiente,
y en montes y en collados
cuadrúpedos de hechura diferente,
insectos de vivísimos colores
y reptiles de escamas adornados,
de los tres elementos pobladores,
que, formando un contraste peregrino,
dan testimonio del poder divino.

No hallándose el Señor aún satisfecho
de aquellas creaciones,
en las que tanto su poder resalta,
volvió á decir: «En cuanto llevo hecho
hay belleza á montones,
pero advierto también que algo me falta;
y es un ser que comprenda mi grandeza,
que mis obras admire
lleno de gratitud y de nobleza,
que en mi justicia y en mi amor se inspire,
y que bendiga sin cesar mi nombre.»
Y tomando de un barro que allí había
propio para tan bella alfarería,
lo amasó cuidadoso; formó al hombre;
lo examinó con placentera calma,
y soplando sobre él, le infundió el alma.

Viendo á la predilecta criatura
hecha á su imagen por su propia mano,
sola en el paraíso,
á darle compañera se apresura,
pero hacerla no quiso
del barro aquel con que formó á su hermano,
sino sacando de él una costilla,
para que la mujer tierna y sencilla
encontrara en Adán sus embelesos
y fuera á sus mandatos obediente,

siendo, como el Señor le hizo presente,
su propia carne y hueso de sus huesos.

Pero Dios no contó, sin duda alguna,
con que la saña de Luzbel impía,
envidiando tan próspera fortuna,
sus proyectos al fin destruiría.
Lo cierto es que, olvidada la pareja,
sucumbió de la noche á la mañana;
á Eva el demonio le cargó á la oreja,
y por comer de la fatal manzana,
del Eden las delicias tuvo en poco;
el precepto de Dios lo tomó á risa;
y el ángel por mandato soberano,
viéndola ya perdida y á Adán loco,
con la espada flamígera en la mano
los arrojó de allí más que de prisa.

A aquel primer pecado
siguieron otros mil; de Adán la prole,
con el mal en las venas ya infiltrado,
de su pena sufrió la inmensa mole.
La discordia y la envidia
fuéronle inoculando su veneno;
dominaron sin freno
el odio de Satán y su perfidia;
la virtud asustada

huyó de aquella gente depravada;
fué el pobre Abel la víctima primera
del amor fraternal, y Caín, violento,
para que aquella acción más brutal fuera,
lo hirió con la quijada de un jumento.

Jehová, arrepentido
de haber dado existencia al hombre ingrato,
trató de aniquilar la raza humana
con un castigo horrendo y merecido.
Pero Noé disculpa el desacato,
mitiga un poco la ira soberana,
y Dios, por tantos ruegos conmovido,
le mandó construir un arca inmensa
que sirva al inocente de defensa;
y encerrados los justos en el arca,
lanza la lluvia en rápidos torrentes,
el agua el suelo inunda,
todo perece, y la movable barca
queda sola flotando en la iracunda
ola, que arrastra las malvadas gentes,
salvándose tan solo los leales
y entre ellos las parejas de animales.

Consumidas las aguas vengadoras
que al hombre hicieron despiadada guerra,
Noé con su familia afortunada
en posesión entraron de la Tierra.
Señales, por doquier, aterradoras
recordaban al hombre el cataclismo
en que Dios, en su enojo furibundo,
sepultó para siempre en el abismo
las razas pecadoras
que antes poblaron la extensión del mundo;
pero, en vez de servirle de escarmiento
y mejorar la condición humana,
los hijos de Noé, ya pervertidos,
de su padre desnudo se burlaron
con loco atrevimiento,
por haberlo encontrado una mañana
privado con el yugo del sarmiento.

Más tarde llegó á tanto su osadía,
que intentaron un día,
(colmo ya de su audacia y su locura),
elevar una torre á inmensa altura,
para escalar por ella
del Señor la morada;
mas de Dios la paciencia ya agotada,
las lenguas les confunde,
y con trama tan cándida y tan bella
en la impotencia sus proyectos hunde.

Al verse aquella gente contrariada
sin encontrar manera de entenderse,
tuvo al fin que salir desparramada
de Dios por la justicia,
yendo á tierra remota á establecerse,
cual semilla arrastrada por el viento,
que en tierra más propicia
al germen va á buscar mejor asiento.

Aunque el mismo Luzbel andaba en todo,
llevando al Sér Supremo la contraria,
aún buscaba Jehová manera y modo
de que el hombre alcanzara la victoria
en aquella contienda estafalaria.
Entonces, descendiendo de su gloria
para hablar cara á cara y frente á frente
con lo menos perdido y depravado
entre la humana gente,
confió á Moisés su Ley Escrita;
abrió luego el tesoro
de su gracia infinita
al pueblo de Israel, su pueblo amado;
pero ¡ay! también entonces fué engañado.
Del cielo con desdoro,

triunfó Luzbel, el ángel fementido,
y vióse al pueblo santo y escogido
dejar á Dios por el becerro de oro.

Dios, de tanta maldad no escarmentado,
en redimir al hombre formó empeño;
y, el plan bien meditado,
hizo bajar al mundo al Hijo amado
para morir por él en toco leño.
Encarnó el Redentor en las entrañas
purísimas y castas de María;
enseñó de palabra y con su ejemplo
el amor por los hombres olvidado;
lanzó iracundo al mercader del templo;
predicó entusiasmado
el amor en palacios y cabañas,
dando del que El sentía,
con su muerte y pasión fiel testimonio;
pero el hombre ha seguido con sus mañas,
más ingrato y perverso cada día
y siempre infiel y esclavo del demonio.

¿Qué es esto, santo Dios, justo, inefable?
Para tanto aguantar ya no hay excusa.
O la obra de Jehová quedó inconclusa
ó el mal es en la Tierra incontrastable.

¡Señor: si el hombre ha sido tan ingrato
desde la edad primera
que de su bello origen fué testigo;
si algo hay en él congénito é innato
que lo hace donde quiera
ser de su bienhechor siempre enemigo;
si tu bondad, inmensa como tuya,
despreció el hombre en cuanto el tiempo abarca,
venga otra inundación que lo destruya;
pero un diluvio sin Noé y sin arca!

JOSÉ M.^a GUTIERREZ DE ALBA.

¡CARNE Á LOS CONVENTOS!

La pobre es viuda y portera en el número 7 de la calle del Poeta Quintana, en Valencia.

Vieja y enferma, cifraba su dicha en tener al lado á su hija, joven de 19 años.

Por desgracia se atraviesa en su camino un dominico, é induce á la chica á hacerse monja. ¡Es tan hermosísima!

El día que la joven habló de ello á su madre, ésta creyó morir. ¡Anciana, llena de achaques y verse abandonada!...

En vano trató de disuadir á su hija. El dominico la había trabajado bien. ¡Misterios del confesonario!

Para recabar el permiso, el dominico fué á la portería, y tales amenazas lanzó y tales impropiedades dijo, que la pobre mujer, aterrada, otorgó el consentimiento.

Al lamentarse después con su hija del abandono en que iba á quedar, la futura madre la consolaba diciéndole: «no se apure; yo rezaré mucho por usted.»

Y al convento se fué, sin conmovirse por las lágrimas de la que la había llevado en su seno; y para mayor escarnio, se fué, ella que desamparaba á su madre, ¡al convento de Nuestra Señora de los Desamparados!

Y allá quedó en la portería la pobre vieja, sin poder valerse, llorando todas las horas del día, mientras la hermosísima esposa de Cristo y amiga del dominico, eleva al cielo oraciones que llegarían (si hubiera Cielo) confundidas con los sollozos amargos y los suspiros angustiosos de su madre!

UN OBISPO HONRADO

El obispo de Tamaulipas (Méjico) ha publicado un notabilísimo folleto echando por tierra la leyenda acerca de la aparición de la Virgen de Guadalupe, y refiriendo lo que le ha ocurrido con sus colegas y con la curia romana. No resisto á la tentación de copiar estos párrafos:

«Con suma repugnancia, por referirse á mi persona, digo que en mi infancia, al lado de mis tutores naturales; en las escuelas que frecuenté, á la vista de mis maestros; en los colegios, al cuidado de los Superiores y Profesores; en las cuatro Diócesis en donde serví de simple Sacerdote, y en los diez y seis años que aquí tengo de residencia, no había recibido sino elogios de todo el mundo como modelo en el cumplimiento de mi deber y como hombre honrado y vir-

tuoso. Sé muy bien que soy un hombre vulgar y que no tengo virtud ninguna; pero lo dicho es lo que me pasó, antes de que tocara yo el punto de la Aparición del Tepeyac. Luego que esto licé, los aparicionistas me acumularon hechos criminosos y denigrantes que después publicaré, porque los denunciaron á la Inquisición Romana, que los aceptó luego y me los comunicó, haciéndome cargo de ellos y amonestándome *interum atque interum*.

Ahora me va á pasar peor; pero no teniendo ya el carácter de Obispo efectivo, veré si me defiende ante los Tribunales, ó si desprecio á los reptiles que así se arrastran y andan siempre buscando inmundicias para cebarse en ellas.

Estoy cierto que si esas personas que defienden de buena ó mala fe la aparición del Tepeyac, pudieran crucificarme, quemarme ó matarme de cualquier modo, lo harían llenos de caridad; y no sé si llegue este caso; pero un hombre poco vale en comparación de los intereses sociales.

También se me va á llamar falso, apóstata, usurpador de la autoridad sagrada é inconstante en mis ideas y resoluciones.»

«He visto que todo lo que anuncié al principio y cuando se movió el malhadado proyecto de la coronación de Guadalupe, ha sucedido al pie de la letra, como se ve en mis escritos y en los hechos de actualidad, y esto me ha hecho continuar con la tarea de quitar engaños que perjudican á la verdad y á la sociedad. Si he procedido así, ha sido después de formular mi renuncia de esta Diócesis, que mandé á Roma desde el 31 del último mes de Mayo, y lo cual me parece que es obrar con lealtad.»

«Apenas llega á México D. Nicolás Averardi, recibo noticia reservada, verdadera y cierta, de que traía instrucciones para quitarme el Obispado. Acababa yo de terminar y dedicar esta Catedral, en la que, no sólo he gastado todo lo mío, sino que debo aún una pequeña suma de lo que invertí en su construcción y pobre ornamentación. Todo aquí es mío y lo acabo de terminar. Si hubiera yo querido, me siento perpetuamente en la silla que yo mismo compré, sin hacer caso de Averardi, ni de nadie, y con agrado de muchos de mis diocesanos. Juzgo una usurpación de lo ajeno, juzgo una iniquidad sin nombre que me quiten lo que es mío, (hablo del uso de la Iglesia, que ya sé que la propiedad es del Gobierno Federal, que concede su dominio útil á los católicos; y no obstante ese juicio mío, que me parece recto, formo mi última resolución de entregar esta Diócesis al que me la encomendara, y separarme de Roma y los suyos, de vivir sólo y olvidado en un rincón ó barranco de la sierra para dedicarme á cultivar la tierra, al comercio y á la cría de ganado, á fin de atender á mis necesidades personales. ¿Puede en verdadera justicia condenarse esta resolución, ni llamarse falso ó cosa semejante al que la toma, y que es realmente la víctima de un proceder inicuo? Digase lo que se quiera; pero creo que los hombres honrados me darán la razón y se pondrán de mi parte.

Cuando Averardi quiso iniciar sus vejaciones contra mí, puse en práctica mi resolución.

La admisión de mi renuncia era cosa resuelta antes de que yo la hiciera. Va á hacer tres meses que la mandé y aún no se resuelve nada. Esta expectativa me perjudica en mis intereses ó proyectos para mantenerme y me tiene sin ser ni dejar de ser Obispo de Tamaulipas. ¿Cómo salir de este estado? Volviendo á expresar las ideas que son causa de mi despojo, que pronto se me deje libre, aunque excomulgado, que al fin vivo solo y mi excomunión á nadie perjudicará.

No he recibido de Roma sino reprensiones sin causa, amonestaciones sin motivo, desaires y exacciones pecuniarias. Le he pedido muchas cosas para bien de esta Iglesia, y ni me ha contestado. Le mandé mi primer Sínodo (sus actas), y no quiso recibirlo, sola y únicamente porque en él se concilian, y efectivamente se han conciliado aquí, durante mi Gobierno, las instituciones y las leyes de mi país con los cánones de la Iglesia.»

«¿Qué hace en tales circunstancias un hombre honrado, activo y trabajador que no tiene dinero ni influencia, que no sabe mentir ni adular y que no transige con la hipocresía y la mentira?

Alejarse de este mansoleo marmóreo, cubierto de bellas estatuas y adornos de pórfido, esmeraldas, perlas y brillantes y coronado por sarcasmo sacrilegamente con la Sacrosanta Imagen del Crucificado.»

El que habla de esta manera es un obispo; un obispo honrado que no ha querido, una vez convencido de que lo era, sostener la superchería de una aparición milagrosa. Conserve-mos su nombre en la memoria para enaltecerle: se llama D. Eduardo Sánchez Camacho.

¿Qué diferencia tan grande entre él, que renuncia á su posición por no engañar á los fieles, y los que se enriquecen fomentando su superstición y explotando su ignorancia!

EL CLERICALISMO

«¡Ah!... ¡Os conocemos! Conocemos al partido clerical, partido veterano que ya tiene hoja de servicios. El es el que monta la guardia en la puerta de la ortodoxia: él, el que ha encontrado para la verdad esos dos cables, la ignorancia y el error; él, el que ha prohibido al genio y á la ciencia ir más allá del misal, y él, el que quiere enclaustrar el pensamiento dentro del dogma.

Cuantos pasos ha dado la inteligencia europea, los ha dado á pesar de ese partido; su historia está escrita en la historia del progreso humano, pero escrita al revés. El se ha opuesto á todo.

El, es el que ha hecho azotar á Prineli por haber dicho que no caerían las estrellas.

El, el que ha aplicado siete veces el tormento á Campanella por haber afirmado que el número de mundos era infinito, entreviendo el secreto de la creación.

El, el que ha perseguido á Harwey por haber probado que circulaba la sangre.

Con el testimonio de Josué, prendió á Galileo; con el de San Pablo, aprisionó á Colón. Descubrir la ley del cielo, era una impiedad; encontrar un mundo, una heregia.

El fué el que anatematizó á Pascal en nombre de la religión, á Montaigne en nombre de la moral, y á Moliere en el de la religión y la moral.

¡Oh! ¡Si! No hay que dudarle; cualesquiera que seáis, ya os llaméis del partido católico, ya seáis del partido clerical, os conocemos. Hace mucho tiempo que la conciencia humana se rebela contra vosotros y os pregunta: «¿Qué queréis de mí?» Hace mucho tiempo que procuráis poner una mordaza al espíritu humano.

¡Y vosotros queréis haceros dueños de la enseñanza! ¡Y no queréis aceptar ni á un escritor ni á un pensador, y rechazáis cuanto se ha escrito, descubierto, soñado, deducido, iluminado, imaginado, inventado para patrimonio común de las inteligencias! Si el cerebro de la humanidad estuviese á vuestra disposición como la página de un libro, lo llenaríais de borrones, lo mandaríais á la hoguera; tenéis que convenir en esto.

En fin, hay un libro que desde la primera letra hasta la última es una emanación superior, un libro que es para el Universo lo que el Korán para el islamismo, lo que los Vedas para la India; un libro que contiene toda la sabiduría humana iluminada por la sabiduría divina; un libro al cual la sabiduría de los pueblos ha llamado Sagrada Biblia. Pues bien, vuestra censura ha llegado hasta ese libro. ¡Cosa inaudita! ¡Cómo deben espantarse los corazones sencillos al ver el Índice de Roma sobre el libro de Dios!

Y con todo, reclamais la libertad de enseñanza. Seamos sinceros, entendámonos acerca del género de libertad que queréis. ¡Esa libertad es la de no enseñar!

¡Ah! ¡Queréis que os entreguen los pueblos para instruirlos! Está bien; pero veamos vuestros productos. ¿Qué habéis hecho de Italia? ¿Qué habéis de España? Diez siglos há que teneis en vuestras manos, ó vuestra dirección, en vuestra escuela, bajo vuestra férula, á esas dos grandes naciones que han esparcido por el Universo las más brillantes maravillas del arte y de la poesía. ¡La Italia, que ha enseñado á leer al género humano, hoy no sabe leer! ¡La Italia es, de todos los Estados de Europa, aquel en que existen menos individuos que sepan leer!

La España, magníficamente dotada; la España, que había recibido de los romanos su primera civilización; de los árabes su segunda, y de la Providencia, á pesar de vosotros, un mundo: la América; la España ha perdido, gracias á vosotros, gracias á vuestro yugo de embrutecimiento, que es también yugo que desgracia y aminora, la España, digo, ha perdido el secreto del poder que había tomado de los romanos; el genio de las artes, que inspiraban los árabes, y el mundo que le había regalado Dios, recibiendo la Inquisición de vuestras manos en cambio de todo aquello que le habíais hecho perder.

La Inquisición, que ciertos hombres de partido procuran rehabilitar hoy con cierta timidez púdica, que no les aplaudo; la Inquisición, que ha quemado cinco millones de hombres;—leed la historia;—la Inquisición, que exhumaba los muertos para quemarlos como herejes: testigos de ello Urgel, Arnauld, y el conde de Focallquier; la Inquisición, que declaraba á los hijos de los herejes, hasta la segunda generación,

infames ó incapaces de honores públicos, exceptuando sólo aquellos—tales son los términos de las sentencias—que hubiesen denunciado á sus padres; la Inquisición, que en este momento mismo tiene aún sellados con el sello de Índice papal los manuscritos de Galileo. Pero con todo, para consolar á España de lo que le quitábais, ¡le regalábais el sobrenombre de Católica!

¿Queréis saberlo? Vosotros habéis arrancado á uno de sus más grandes hombres ese doloroso grito, que es vuestra mayor acusación: «Prefiero—dijo—que España no sea la más grande, á que se llame Católica.»

Aquí tenéis vuestras obras, maestros: habéis apagado ese foco que se llama Italia y habéis minado ese coloso que se llama España; cenizas es la una y escombros la otra. Ved lo que habéis hecho de esos dos grandes pueblos.»

VICTOR HUGO.

EL JURAMENTO DEL JESUITA

«Yo... santificado hoy en la presencia del Dios Todopoderoso, y de la Santísima Virgen María, del bendito San Miguel Arcángel, el bendito San Juan Bautista, los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo y todos los Santos del cielo, y de ti, mi padre espiritual y superior general de la Sociedad de Jesús, fundada por San Ignacio de Loyola en el Pontificado de Pablo III, y continuando hasta hoy por la intercesión de la Santísima Virgen Madre de Dios.

Declaro y juro que Su Santidad el Papa es el vicergerente de Cristo y la única y verdadera cabeza de nuestra Santa Madre Iglesia Católica sobre toda la Tierra: por poder que del mismo Cristo recibiera, tiene poder de quitar falsos reyes y príncipes herejes y gobiernos, siendo todos nulos sin su sagrada confirmación y, por lo tanto, deben ser destruidos. Juro también, en cuanto esté á mi alcance, defender á Su Santidad y sus doctrinas, juro perseguir á los luteranos y protestantes y á las hoy pretendidas autoridades de la Iglesia en Inglaterra y Escocia, y los ramos de las mismas plantados en el continente americano.

Declaro que la doctrina de los calvinistas y cualesquiera otra que lleve el nombre de protestante, sea maldita juntamente con todo aquél que no las maldiga. Juro también aconsejar y ayudar á los agentes de Su Santidad en América ó Alemania á extirpar el poder de los pretendidos liberales y protestantes.

Declaro y prometo no tener más voluntad que la de obedecer ciegamente todas y cada una de las órdenes que reciba de Su Santidad el Papa, Vicario de Jesucristo. Estoy dispuesto á ir á cualquiera parte del globo, así á las ardientes arenas del África, como á los helados desiertos de la Siberia, así á los centros de civilización en Europa, como á los canibales que viven en los bosques de la virgen América.

Finalmente, declaro y prometo hacer guerra sin cuartel, pública ó privada, á todo protestante ó liberal, como se me ha ordenado, que, para concluir con tan execrable raza, no omita medios ni respete personas, que lo mismo es matarlos con puñal que con pistola; lo mismo ahorcarlos que quemarlos vivos, desollando á sus mujeres vivas, estrellando á sus hijos contra las piedras, y si esto no lo puedo hacer en público, aún me queda la copa de veneno, que puedo usar secretamente, sin escepción de personas.

Y en confirmación de que hoy dedico mi vida entera con sus potencias corporales y con esta daga que recibo, con la cual escribo mi nombre con mi propia sangre, si soy infiel á mi juramento ó pusilánime en cumplirlo, quedan autorizados mis compañeros y soldados en la milicia de Su Santidad para cortarme las manos y los pies, cortar mi garganta de una ó otra oreja, sacar mis entrañas quemando en su lugar azufre, atormentándome en esta vida como mejor les parezca y entregando mi alma á los demonios del Infierno para ser eternamente atormentado.

Todo esto, yo... juro por la Santísima Trinidad y los Santos Sacramentos, que hoy recibo, además de poner por testigo al ejército celestial para cumplir este juramento.»

Ese documento ha sido publicado por un periódico titulado *El Cristiano*, en el número correspondiente al 12 de Noviembre de 1896, como traducido de *The Trieri, de los Angeles, (California)*, por E. G. de Acosta.

Me parece una paparrucha, entre otras razones, porque los jesuitas son un millón de veces peor de lo que serían si se limitasen á cumplir lo que ofrecen en ese juramento.

LA MUJER Y LA MONJA

¿Y con qué derecho las sectas religiosas corrigen la obra de su Dios? Este ha dicho á la mujer que sea madre de familia, esposa cariñosa, guardadora fiel de la honra de su marido. ¿Con qué derecho la teocracia dice á la mujer que permanezca eternamente célibe, eternamente condenada á aborrecer lo que Dios le ha dicho que ame. lo que su conciencia le dice que adore?

¡Impios! Profanáis la obra de vuestro Dios; blasfemáis sacrilegamente los que sacrificáis la mujer á las estúpidas pretensiones de una piedad convencional y absurda.

Pero la sociedad de los privilegiados, la que sólo obra por rutina y por complacer á la soberbia teocracia, cierra los ojos ante esas monstruosas iniquidades, calla, y ve con indiferencia cómo van cayendo en el negro abismo de la clausura monacal todas esas víctimas inconscientes de inexplicables contradicciones.

Todos estamos cansados de oír ponderar los milagros de abnegación y de desprendimiento de esa especie de monjas que se llaman hermanas de la Caridad. Hasta muchos hombres de criterio independiente, muchos que blasonan de librepensadores, alaban y ponderan los servicios que presta esa institución monacal.

¡Inocentes! La que se sacrifica al cuidado de los enfermos y de los heridos, la que lucha con la muerte en los campos de batalla y en las poblaciones epidemiadas, no es seguramente la monja; la que allí lucha heroicamente, es la mujer; la mujer, que no necesita hábitos ridículos, ni votos absurdos, para estar siempre dispuesta á sacrificarse por el bien de la humanidad.

Esos fenómenos de la llamada caridad cristiana, esos actos de admirable abnegación, que taimadamente atribuye la teocracia á la influencia de sus doctrinas, son efecto natural y exclusivo de las condiciones orgánicas y psíquicas de la mujer, que en todas las épocas y en todos los países ha sido heroína cuando las circunstancias la han colocado en condiciones de serlo.

Precisamente se evidencia esa afirmación estudiando á la hermana de la Caridad en su doble aspecto de mujer y de monja. En el primero, se la ve siempre compasiva y cariñosa con el que sufre; el inagotable tesoro de la ternura femenil se derrocha á la cabecera del enfermo, al lado del que sufre, para enjugar sus lágrimas y hacer más llevaderos los dolores de la enfermedad y las angustias de la agonía.

Pero á esa mujer tan cariñosa y solícita en favor del enfermo; á esa mujer, á la cual no causan repugnancia las úlceras del leproso, ni los horrores de la podredumbre, decide que el enfermo á quien tan solícitamente cuida es un malvado, un impío que no cree en Dios, que no confiesa, que no reza, que rechaza los escapularios y los amuletos religiosos.

Veréis qué pronto aparece la monja, dominando y anulando á la mujer. Desde aquel momento la mujer huye, la mujer es sustituida por la monja, intransigente, adusta, vengativa y cruel, que negará hasta el más ligero consuelo al que cree enemigo de su Dios.

II. ARDIET.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

La escena en un convento de Barcelona.

Personajes.—Un escultor.—Un Niño Dios.—Monjas.—Comadres beatas.

El escultor, viendo que no vendía ni una de sus obras, presentóse á la puerta del convento con un Niño Dios.

Le interrogan las monjas, y les contesta que allí les lleva lo que le han encargado.

Estupefacción. Las monjas niegan haber hecho semejante encargo.

El escultor insiste, asegurando que un día se presentó en su taller una señora (aquí las señas), y le encargó el Niño Dios para la iglesia de aquel convento.

Las monjas vacilan y ceden al fin. El escultor cobra, y hace mutis por el foro.

¿Por qué se quedaron las monjas con el Niño? Porque, sin saberse quién tomó la iniciativa, comenzó á correr por el barrio la noticia de que la Virgen había hecho el milagro de ir en persona á encargar la escultura.

Y ¡claro! las monjas abrieron un ojo de á cuarta pensando en lo que el milagro iba á producirles, y efectivamente ha comenzado el chorro de metal acuñado.

No es que yo niegue que aquí haya milagro; hay

uno: el de que ese escultor haya vendido una obra. Por lo demás, ¡qué estúpida es la humanidad!

Un joven se permitió una acción deshonesta con una señora, nada menos que en la iglesia de la Concepción (Málaga). El esposo, que estaba cerca, lo advirtió, y quiso darle, ó le dió, su merecido.

Con tal pretexto se alborotó el gremio beato, hubo quien creyó que se había prendido fuego, y aquello fué el acabóse; empujones, atropellos, vestidos rasgados... una delicia.

Afortunadamente se le ocurrió al dean echar un capote, corrió al pulpito, y desde allí gritó: «¡Hijas de María, no asustarse, que no es nada! Es que la culebra infernal se ha introducido entre nosotros para asustarnos y proporcionarnos un mal rato.»

¡La culebra! Se necesita ser muy arrimado á la cola para hablar así.

Pero ¿qué he dicho? No; retiro mis palabras. Lo que se necesita, es saber lo estúpida que es la gente beata.

¿Cómo se atreverían los curas, de no saberlo, á decir las majaderías que dicen?

Cada vez que los chinos ó los turcos escabechan unos cuantos misioneros, ó católicos simplemente, son de oír las terribles imprecaciones que lanza el bando clerical. Y con razón. Una sola disculpa tienen esos salvajes, que lo hacen en nombre de su Dios respectivo: la idea religiosa no da otra cosa de sí.

Véase ahora lo ocurrido hace poco en Villarpardo, pueblo de la provincia de Cuenca.

Un matrimonio protestante tuvo un hijo y llamó á un pastor de Mallorca para que lo bautizase. Enterado el cura, y por aquello de «quien es tu enemigo», preparó un recibimiento pistonudo á su colega en la explotación de almas.

Los fieles se echaron á la calle como unos benditos, é intentaron pegar fuego á la casa donde se albergaban los herejes; piadoso intento que hubieran realizado á no ser por los republicanos del pueblo.

Y dígame ahora qué diferencia hay entre los chinos que asesinan católicos, y los católicos que quemarían protestantes, si no se lo impidieran.

Ha sido comprado por los Carmelitas residentes en Avila el exmonasterio de Las Batuecas.

¡Ah, batuecos, digo, beatos que les habéis dado el dinero para esa compra!

Merecéis tener hijas y que vayan á confesarse con frailes.

Con todas sus naturales y legítimas consecuencias.

DISPAROS

El director de *La Verdad* de Algeciras, señor Sanchez Osseti, padece bajo el poder de la autoridad militar de Ceuta.

Le está bien empleado.

¿Ser director de *La Verdad* en estos tiempos, y querer vivir tranquilo? Torpeza notoria.

Yo no soy más que servidor de ella, y me veo combatido, ¡hasta por los republicanos! ¿Qué no le pasará al que es su director?

En contra de los presbíteros que cometen el abuso de asistir al Ateneo

y allí pronuncian discursos,

el chaparrón de su ira

descarga *El Siglo Futuro*,

que llama á la docta casa

el *Blasfemadero público*.

Pide que esto se prohíba,

y sus razones no juzgo,

pero de todas maneras

opino que está en lo justo;

pues contra lo más sagrado

para lanzar sus rebuznos,

el Ateneo les sobra:

los curas tienen el pulpito.

La miseria que reina es tal, que hasta un periódico ministerial cree llegado el caso de que las personas acomodadas, cada cual en la medida de sus fuerzas, procuren aliviar la suerte de los desgraciados.

Ha encontrado el gobierno el modo de garantizar á los futuros donantes el pago de un siete por ciento de interés?

Entonces no hay duda de que la caridad de las personas acomodadas llegará donde hace poco llegó su patriotismo, tan decantado por la prensa ministerial.

Pasaba nuestro corresponsal de Zamora voceando *Las Dominicales* y *El Motin*, cuando fué insultado y

provocado por varios *gollos* con sotana, capitaneados por el pinche del Seminario.

Se hubiera divertido con ellos aplicándoles la bota á la parte que más peligro corre en ciertos colegios, si uno de los granujillas, temiéndose, no hubiera corrido á avisar á un agente de la autoridad, el cual los disolvió. Hay quien atribuye este hecho y otros parecidos, á la propaganda de algunos catedráticos del Seminario.

Ya han conseguido los clericales quitar á nuestro corresponsal el pan que se ganaba honradamente en un establecimiento público y perjudicarle en todos sentidos; pero como es hombre de convicciones, no han logrado que desista de vender periódicos de los que cada letra encierra más dosis de decencia que las cuatro planas de los periódicos clericales.

No le animo á que prosiga tan entero como hasta aquí, porque él es el que sufre las consecuencias; pero si lo felicito por ser de los pocos que saben sacrificarlo todo por las ideas que profesan.

¡Van quedando tan pocos de estos! Y entre los de arriba, menos aún que entre los de abajo.

Anuncia una compañía dramática la obra de Dícen, *Juan José*, en Navalmoral de la Mata.

Las hermanas del Sagrado Corazón de Jesús se alborotan, los curas les hacen coro, ven al alcalde, que es jesuita, y la representación se prohíbe.

Hay quien dice, aun cuando yo no lo creo, que les dieron á los cómicos 300 reales de indemnización; pero si fuese cierto, ahí tienen los del oficio un filón que explotar: anunciar *Juan José*, y arreglarse para no hacerlo.

Aunque repito que no creo que tal ocurriera.

Los concejales republicanos del Ferrol siguen votando cantidades para festejos religiosos, á los que acuden luego para lucir el *fraque* y la *bimba*.

No me extraña que tal hagan los que crean que la Iglesia lo perdona todo: hay conciencias muy necesitadas de perdón.

Por haber dicho el general Blanco que se enemistó en Filipinas con los frailes porque tratan á los indígenas como á bestias, un periódico valenciano publica un artículo con este título: *Que fusilen á los frailes*.

He tratado de indignarme, y no lo he conseguido.

Será tal vez por la costumbre que tengo de considerar al fraile de diferente raza que la del hombre.

El gremio clerical pone á Polavieja en las nubes porque fusila al verbo en Filipinas.

Siente la nostalgia de Olot, Cuenca y la sima de Igúzquiza.

¡Pobres madres las que tienen hijos de 14 á 16 años! Los verán morir á manos de los curas, en guerra promovida por ellos.

En el hospital de Alcalá de Chisvert hay treinta enfermos que tiritan de frío por falta de ropas, y en la población muchos obreros sin lumbré ni abrigo.

Sabedores de ello los beatos, se reunieron el día 17, y reunieron 1500 arrobas de leña, que quemaron al aire libre en honor de San Antonio.

¡Oh caridad! ¡Cómo te avivas al soplo de la religión!

Actualmente se entretienen en la república del Ecuador en expulsar á los frailes.

Ocupación simpática y civilizadora.

¿Cuándo ¡ay! la emprendemos aquí?

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

(Folletos de propaganda)

A 15 CENTIMOS

Cristo en el Vaticano, (prosa y verso), por Víctor Hugo.

Los reyes con mote, por *El Motin*. Con láminas.

La ley natural, por Volney, autor de *Las Ruinas de Palmira*.

La infalibilidad del Papa, ó la verdad en el Vaticano. Discurso del obispo Strossmayer.

Juana la Papisa, por Julio Fernández Mateo.

La mujer y la Iglesia, por id.

Mónita secreta, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

La lujuria del clero, sacada de los cánones de los Concilios, y de los escritos de Padres de la Iglesia.

La visita pastoral, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.